

Normandía yacía tranquila al amanecer, sus bosques coloridos, sus campos sumidos en la quietud tras la cosecha. La guerra parecía algo remoto en esta tierra de castillos blancos, pequeños pueblecitos y carreteras sinuosas que serpenteaban entre los bosques.

Kermit Hubbard echó un vistazo al mapa que llevaba atado a la rodilla y bajó el morro del Defiant. El cruce de caminos con el poblado se precipitó hacia él mientras el avión descendía en picado. Justo después del pueblo había un castillo entre las hayas. Un poco más allá del castillo debía haber un campo rodeado de álamos, con un campo de trigo en su extremo norte en forma de cruz de Malta.

Allí estaba, rodeado de álamos y con las espigas en forma de cruz. Exactamente como el mensaje había dicho que serían. Hubbard redujo la velocidad y rodeó el campo con la mirada fija en el suelo. Nada se movió.

Apenas superó las copas de los árboles, bajó la máquina al campo y aceleró el Merlin para rodar en dirección a las espigas de trigo.

La hélice apenas giraba, el motor no era más que un susurro, Hubbard empujó hacia atrás la tapa de la cubierta. El olor a grano maduro y paja seca llegó a sus fosas nasales y una brisa hizo bailar las hojas de los álamos con pequeños susurros.

No había rastro de Grigsby.

El silencio envolvió a Hubbard. Un silencio que parecía apretarle en la boca del estómago, mientras pequeñas señales de peligro le sacudían por toda su espalda.

Bajó lentamente del avión, maldiciendo mentalmente a Grigsby. El mensaje del hombre decía que estaría allí, esperando al amanecer, durante los siete días siguientes, y éste era sólo el segundo.

—¡Grigsby! —gritó.

Al no obtener respuesta, volvió a gritar, con una nota de desesperación en la voz.

—¡Grigsby!

De repente, los montones de cereales que tenía delante estallaron en hombres armados con metralletas cortas y horribles.

Hubbard retrocedió rápidamente y se llevó la mano al revólver que llevaba al cinto. Pero uno de los hombres habló con dureza y Hubbard se detuvo, inmóvil, con las manos colgando a los lados.

Miró fijamente a los hombres, vio sus cascos de cubos carbón, sus trajes de combate grises, sus anchos cinturones de cuero y sus arrugadas botas de servicio. Todos menos uno. Éste llevaba una gorra con visera, una medalla colgada en el bolsillo izquierdo del pecho y un revólver en lugar de una pistola. Hubbard sabía que era un oficial alemán.

—Me temo que su amigo Grigsby le ha decepcionado —dijo el oficial en un inglés perfecto.

Hubbard no contestó.

—Me imagino —continuó el oficial—, que usted puede estar planeando algo, algo parecido a una acción repentina. Le pido, por favor, que no lo haga. No tiene ninguna oportunidad.

—No —admitió Hubbard—. No, supongo que no.

—Y ahora —dijo el oficial—, si quiere...

Un rifle restalló desde el borde del campo. El oficial dio un grito ahogado y cayó de bruces. El rifle tronó de nuevo, luego repiqueteó.

Tres de los soldados alemanes habían caído, los demás se lanzaban sobre el trigal. Las balas levantaron pequeñas bocanadas de polvo justo delante de los dedos de los pies de Hubbard. Con un grito, el hombre de la R.A.F. desenfundó su Webley.

Las armas alemanas gruñían ahora y los manojos de trigo se sacudían al impacto de las balas desde el borde del campo. Hubbard saltó hacia atrás para refugiarse detrás de su avión, y su Webley se elevó para apuntar a uno de los nazis acurrucado entre las gavillas.

Pero mientras su dedo apretaba el gatillo, algo se clavó en su espalda.

—¡Nein! Nein! —dijo una voz.

Hubbard se giró violentamente, empujando la metralleta hacia un lado. Pero el alemán retrocedió y le clavó el cañón en el estómago, dejándole sin aliento.

—¡Nein! ¡Nein! —insistió el hombre del casco de carbón. Hubbard vio que sus labios se contraían en una mueca.

El fuego al borde del campo había cesado. En algún lugar, una motocicleta rugió y se alejó bramando. El nazi que llevaba el arma la clavó más profundamente en el estómago de Hubbard y movió la cabeza hacia la Webley que tenía en la mano el hombre de la R.A.F..

—Te entiendo, amigo —dijo Hubbard y soltó el arma.

Se quedó allí, con la pistola aún en el vientre, escuchando el sonido del Merlin. Los disparos habían cesado por completo y detrás de él se oían pisadas. El nazi se rió de él en voz baja.

—Dumkopf —dijo.

Y era cierto, se dijo Hubbard. Al parecer, el nazi se había refugiado en el avión cuando empezaron los disparos, había estado allí todo el tiempo, listo para ocuparse de cualquier acción que pudiera emprender. En resumen, era la trampa más ingeniosa que se podía imaginar.

Unas manos rudas lo agarraron y arrastraron. Quedaban cuatro nazis. Le gritaron en alemán mientras le registraban en busca de otras armas.

Un ruido de motores rugió en el cielo y, por encima de los árboles, apareció un Stuka que se precipitó sobre el campo. Hubbard vio cómo el aparato aterrizaba junto al suyo. Bajaron dos hombres. Uno de ellos subió al Defiant mientras el otro se acercaba a Hubbard.

—Confío en que no hayan encontrado a Herr Grigsby —le dijo el piloto nazi—. Ustedes parecen saber más de este Grigsby que yo —le dijo Hubbard.

—Averiguaremos cuánto sabes —gritó el piloto—. Vas a volver a la base conmigo. El Kommandant quiere verte.

* * *

El Kommandant hablaba Inglés-Inglés con algo que podría haber empezado a ser un acento de Oxford.

—¿Por qué aterrizó su avión en Francia, Herr Teniente? —Hubbard sonrió—. Usted lo sabe tan bien como yo. ¿Para qué tanta formalidad?

El Kommandant asintió.

—Grigsby es un agente británico, ¿verdad?

—Supongo que sí —dijo Hubbard—. Nunca se lo he preguntado.

—Quiere decir que no me lo dirá.

—No. Quiero decir que no lo sé. Supongo que lo debe ser. Iba a venir a recogerlo. No hay problema en decírselo. Seguramente habrá leído el mensaje que envió. ¿Le importaría decirme cómo lo hizo?

El oficial nazi rió entre dientes.

—La paloma voló hasta una calle de Le Havre para recoger grano. Un soldado la encontró. Vigilamos de cerca cosas así.

—Usted leyó el mensaje y luego envió la paloma —conjeturó Hubbard.

—Naturalmente, Herr Teniente. Era una oportunidad demasiado buena para desaprovecharla.

El nazi golpeó lentamente el escritorio con un lápiz, evaluando al hombre que tenía delante.

—¿Está seguro de que no puede ayudarnos? ¿Quién es realmente Grigsby? ¿Dónde podemos encontrarlo? ¿Qué aspecto tiene? Si pudiera recordar algunas de esas cosas, podría escapar y volver a Inglaterra.

—Nunca he visto a ese hombre —replicó Hubbard. El comandante se inclinó sobre el escritorio.

—¿Es usted americano? —Hubbard asintió.

—¿Por qué los americanos luchan contra nosotros? —preguntó el nazi—. Esta no es su guerra. No tienen derecho a entrometerse.

—No nos gusta cómo se peinan —dijo Hubbard con naturalidad—. No nos gusta cómo tratan a sus vecinos. Ni cómo cumplen sus promesas. No nos gusta la forma en que tu pequeño dios de hojalata cree que puede mandar en el mundo...

—¡Basta! —chilló el alemán, con el rostro lívido.

El americano le sonrió.

—¡Has insultado al Führer! —gritó el oficial.

—Déjeme ponerle las manos encima— —le prometió Hubbard—, y le haré algo peor.

El Kommandant se puso en pie de un salto, con el rostro color púrpura.

—¡Podría fusilarte por eso! —gritó.

—Podrías, pero no lo harás —replicó Hubbard—. Al menos, no por ahora. Crees que voy a decirte algo.

—Tenemos formas de hacerte hablar —ladró el nazi.

—Ese es el problema con ustedes los alemanes —dijo Hubbard—. Creéis que la fuerza lo conseguirá todo.

El comandante gritó órdenes a los dos guardias de la puerta. Los hombres se acercaron al trote y trataron de sujetar a Hubbard por los brazos.

Pero cuando se acercaron a él, el puño del americano salió de su costado y se dirigió en un arco que le rompió los huesos, de la barbilla al guardia de la derecha. El impacto restalló como un látigo. El soldado derrapó por el suelo sobre sus talones, se estrelló contra una mesa y cayó desplomado al suelo.

El otro guardia golpeó a Hubbard en la cabeza con la culata de la pistola.

Hubbard abrió los ojos y se encontró en penumbras. Estaba tumbado en una de varias literas. No había nadie más en la habitación. Con cautela, sus dedos exploraron el bulto que tenía en la cabeza. Maldijo, con una mueca de dolor.

Su cerebro se aclaró. Sus ojos distinguieron un lavabo y un banco. Una mesa desvencijada estaba apoyada contra una pared. Por lo demás, la habitación estaba vacía. La luz entraba por una pequeña ventana, a la altura de los hombros atravesada por barrotes de hierro. Unas botas con clavos marcaban el paso de un centinela al otro lado de la pesada puerta de roble.

—Un cuerpo de guardia —dijo Hubbard, a media voz—. Naturalmente.

Se puso en pie, con el cerebro palpitante, y caminó con paso vacilante hacia la ventana. Aferró los barrotes de hierro y se asomó.

Al parecer, la base se encontraba en el emplazamiento de una granja francesa, ya que justo frente a la ventana estaba la granja, con aviadores nazis holgazaneando y fumando en la puerta. Aquí y allá había centinelas, con rifles llevados con destreza.

Los aviones que ostentaban la esvástica de la Alemania nazi se alineaban sobre el duro

asfalto, en su mayoría cazas, con unos pocos bombarderos junto al espeso bosque que rodeaba el campo.

De repente, los dedos de Hubbard se tensaron sobre los barrotes y se le cortó la respiración. En el otro extremo del campo, alineado ala con ala con varias naves alemanas, había un Defiant, con su metal bruñido brillando bajo los rayos del sol de mediodía.

Con los hombros caídos, Hubbard volvió a la litera y se sentó. Sabía que la Defiant debía de ser su propia nave. Pero no se le había ocurrido que la traerían a esta base.

Era comprensible que un avión británico en buen estado tuviera valor para los alemanes, pero difícilmente a efectos de vuelo. Entonces, ¿por qué iba a estar el Defiant en el campo, con las insignias de la R.A.F. todavía intactas?

Había algo sospechoso, también, sobre lo que había sucedido allí en el campo de cultivo. ¿Quién había abierto fuego contra los Jerries cuando aparecieron de entre el trigo?

Se oyeron pasos fuera y una llave giró en la cerradura. La puerta se abrió con sus chirriantes goznes y entró un viejo francés cargado con un cubo. Detrás de él, a cuatro pasos de la puerta, había un guardia, con el sol brillando en su bayoneta calada.

El anciano avanzó tambaleándose. Llevaba una boina grasienta que en otro tiempo había sido azul. Tenía la blusa sucia y rota y los pantalones remendados. Sus zuecos de madera resonaban mientras avanzaba arrastrando los pies.

Con cuidado, dejó el cubo en el suelo. Pero cuando se agachó, de espaldas al guardia, se llevó la mano derecha al pecho, con los dedos índice y segundo extendidos formando una V, con una expresión de extrañeza en el rostro. Luego se enderezó y regresó a la puerta.

Hubbard permaneció largo rato sentado en la litera. Cuando se acercó al cubo, vio que contenía su cena, alrededor de medio litro de sopa aguada.

Más de una hora antes, un vuelo de aviones nazis se había adentrado en la noche. Ahora, en la vieja granja francesa, alguien tocaba el piano y unas voces jóvenes entonaban una canción alemana.

La brillante luz de la luna se filtraba por la ventana enrejada y dibujaba un tablero de ajedrez en el suelo. Era, pensó Hubbard, una buena noche para bombardear. Probablemente las ciudades del Canal de la Mancha estaban recibiendo su ración de rigor.

Las pisadas del centinela pasaron junto a la puerta y se dirigieron hacia el otro extremo del patio.

Hubbard se tumbó boca arriba en la litera y se quedó mirando el negro techo. Su mente bullía de pensamientos, pero no le llevaban a ninguna parte. Especulaciones sobre Grigsby y el hombre que abrió fuego desde el borde del campo. Se preguntaba por el Defiant que estaba apostado en el campo, por el viejo campesino francés que había hecho el signo de la victoria con los dedos.

Sus esperanzas se encendieron al pensar en el anciano, pero volvieron a apagarse con la misma rapidez. ¿Qué podía hacer un anciano para ayudarlo? Aquel signo de victoria había sido un gesto valiente, nada más. Era la forma que tenía el viejo de hacerle saber que tenía un amigo, que alguien lamentaba que estuviera en un lío.

El piano se detuvo con un tintineo. Los pasos venían cada vez de más lejos. Cansado de sus pensamientos, Hubbard se durmió. Una vez el rugido de los aviones que regresaban le despertó en la noche, pero se dio la vuelta y volvió a dormirse.

Entonces alguien le sacudió, insistentemente, y una voz le susurró, una voz urgente con un acento británico entrecortado.

—Levántate, muchacho. Hay un trabajo que hacer.

Hubbard abrió los ojos a la primera luz gris del amanecer y a la figura que se alzaba sobre él. Era el viejo francés, el que le había traído la sopa, el que había hecho una V con los dedos. Pero el viejo hablaba en inglés, con acento británico. El americano se incorporó.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—Soy Grigsby —se rió el francés.

—¡Grigsby! —espetó Hubbard—. ¡Grigsby!

—Desde luego, amigo.

—¿Pero y el guardia?

—El guardia está muerto —dijo Grigsby.

—Creía que te habían pillado los Jerries —dijo Hubbard confuso.

—No realmente —sonrió Grigsby—. Casi, pero no del todo. A veces no son tan listos. He vivido con ellos aquí durante meses. Pero pronto se darán cuenta. Después de esto,

no podrán evitar saberlo.

El americano se levantó decidido.

—Muy bien, Grigsby. ¿Cuál es la jugada?

Como una respuesta sin palabras, Grigsby se agachó, recogió algo del suelo y se lo entregó a Hubbard. El americano lo rodeó con los dedos.

—¡Una metralleta!

Grigsby asintió.

—Ahora escucha con atención. En cinco minutos van a empezar a pasar cosas por aquí, y no podemos cometer ningún descuido.

—Estoy escuchando.

—De acuerdo. Tú vienes conmigo y te escondes en la esquina de éste puesto de guardia. Yo me acercaré al Stuka más cercano. A nadie le parecerá extraño, me conocen por aquí. La mayoría de ellos están dormidos, de todos modos. Intentaré tener la oportunidad de subir y accionar las ametralladoras. Cuando veas que lo he hecho, acude corriendo.

—Un momento —dijo Hubbard—. ¿Esperas que pilote ese Stuka para salir de aquí?

Grigsby asintió lentamente.

—Pero no sé mucho sobre ellos —protestó Hubbard—. Si el Defiant todavía está allí...

—El Defiant todavía está allí —dijo Grigsby—. Pero nunca llegarías a él. Nunca vivirías lo suficiente para llegar hasta allí. Está demasiado lejos. Y está demasiado bien vigilado.

—¿Vigilado?

El rostro de Grigsby se había vuelto sombrío.

—Esa es la razón por la que tenemos que salir de aquí, ¡ahora mismo! Los alemanes tienen planes para ese Defiant. Lo van a cargar de explosivos, lo van a convertir en una bomba voladora. Un hombre dispuesto a morir por el “Nuevo Orden” lo pilotará hasta Londres.

—¡A Londres!

—Sí, Londres. Al número diez de Downing Street.

—¡Santo Dios! —dijo Hubbard—. ¡Es la residencia del Primer Ministro!

—Escucha, amigo —dijo Grigsby—. Tan pronto como suba al avión, ven tan rápido como puedas. Puede que tengas que abrirte paso a tiros, pero yo estaré allí para apoyarte. Y alguien más...

La explosión del motor de un avión atravesó el campo, una explosión repentina y furiosa.

—¡Es el Defiant! —gritó Hubbard.

La cara de Grigsby palideció mientras giraba y ahuecaba una mano sobre su oreja.

—¡Te digo que es el Defiant! —rugió Hubbard—. Reconocería a ese Merlín en cualquier parte.

—¡Vamos, entonces! —gritó Grigsby—. El plan está cancelado. Tenemos que alcanzar al Stuka. ¡Tenemos que lograrlo!

Ya estaba corriendo y Hubbard corría detrás de él, con la metralleta cruzándole el torso. Corrieron por el borde del puesto de guardia. Hubbard vio que el Stuka más cercano estaba a unos cien metros.

El Defiant se elevaba fuera del campo, con los motores a toda potencia. Un grupo de oficiales y pilotos nazis estaban de pie junto a los bombarderos al otro lado del campo, observando su ascenso.

Sonó un disparo de advertencia y Hubbard oyó cómo la bala le pasaba rozando la cabeza. Alguien gritó y luego una docena de gritos hendieron el aire. Otro disparo hizo estallar la mañana y otro más. Una bala levantó polvo delante de ellos.

La granja se llenó de hombres. Hubbard, con la metralleta en la parte baja del brazo, apretó el gatillo. El arma tartamudeó en ráfagas cortas y varios hombres cayeron como fichas.

Hubbard vio que Grigsby tenía una pistola en la mano y estaba disparando a un guardia que corría. El guardia tropezó, intentó mantenerse en pie y cayó desplomado.

Las balas salían disparadas de la granja, donde media docena de nazis se habían refugiado tras un muro del jardín. Las ventanas se abrieron de golpe y aparecieron otras armas.

Hubbard, consciente de que en los próximos diez segundos se verían inmersos en un huracán de acero, se agachó, sin intentar responder al fuego.

De repente, a sus espaldas, una ametralladora entonó su canción de muerte. Kermit Hubbard encorvó inconscientemente los hombros para soportar la tormenta de plomo. Pero la ametralladora no le apuntaba a él. Sus balas estaban rociando la granja, obligando a los nazis a ponerse a cubierto.

Por encima del estruendo del arma oyó rugir una potente voz.

—¡Así que os lo pasasteis bien en Dunkerque! ¡Bueno, malditos sean vuestros asquerosos corazones!

El resto de lo que dijo quedó ahogado por el quejido del arma. No el parloteo rencoroso de un fusil de asalto, sino el cacareo torvo de una ametralladora de gran tamaño lanzando una lluvia de acero.

Hubbard estaba subiendo al Stuka y Grigsby corrió tras él, dejando caer la automática, sin molestarse en recuperarla. Oyó cómo las balas se estrellaban contra el fuselaje y rezó para que no dieran con una línea de combustible ni estropearan el motor.

Arrojándose al puesto de pilotaje, el americano buscó el interruptor de encendido, lo giró y se quedó sentado durante tres preciosos segundos intentando localizar el mecanismo de arranque.

A su espalda oía las maldiciones de Grigsby mientras el hombre luchaba con el arma, intentando colocarla en posición.

Hubbard puso en marcha el motor casi en el mismo instante en que Grigsby abrió fuego con la ametralladora en el compartimento trasero. A la izquierda, el rifle que manejaba el hombre de la voz británica no dejaba de parlotear.

—¿Qué pasa con ese tipo? —gritó Hubbard.

—¡Saca esta maldita cosa de aquí! —gritó Grigsby.

Hubbard supuso que el mando de bola de la caja situada a su izquierda debía de ser el acelerador. Lo empujó hacia delante y el Jumo 211 aulló al desatarse la furia de su motor de 1.500 caballos.

De repente, el tablero de instrumentos pareció estallar y los cristales rociaron a Hubbard. Una bala había atravesado el compartimento y había acabado en el tablero de mandos.

Pero el Stuka estaba rodando ahora, saltando hacia delante. Hubbard tiró de la palanca imprudentemente. Era peligroso, lo sabía, arrancar con un motor frío, sin siquiera la pretensión de un calentamiento. Pero tenían que alejarse de aquel fuego asesino.

Los árboles del otro extremo del campo se inclinaron de repente y Hubbard supo que estaban en el aire. El motor tosió una vez, luego recuperó su ladrido palpitante. En el compartimento trasero, las armas seguían parlotando.

Hubbard hizo girar el avión y miró hacia abajo a través del cristal de la torreta. Los pilotos corrían como hormigas hacia sus naves. Con un grito de júbilo, el americano hizo girar el Stuka y se lanzó en picado.

El indicador de velocidad se había roto. Hubbard no podía decir a qué velocidad iban. Pero le pareció que todo se le venía encima cuando el avión descendió como un meteoro de venganza.

Empezó a nivelarse cuando su Stuka en picado se enfrentó a un extremo de la línea de aviones en el campo. Apretó el gatillo del mando. Los cañones del ala escupieron con furia y el arma de Grigsby tartamudeó con ráfagas mortales.

El Stuka descendió por la línea de naves, rociando el campo. Con un grito salvaje, Hubbard giró para volver. No fue hasta entonces cuando vio al hombre que estaba en lo alto del puesto de guardia. Un hombre vestido con traje de combate británico, de pie junto a una ametralladora, saludándoles con su sombrero, mientras bailaba alegremente. Tenía la boca abierta y gritaba algo, pero no le oían.

Desde abajo sonó un ack-ack. Muy por encima de ellos estalló un proyectil, como una flor que se abre en el cielo. El ack-ack tosió de nuevo y Hubbard puso el Stuka de cola y trepó.

Sólo una vez miró hacia atrás, y su mirada se dirigió a la caseta de vigilancia. En lo alto, una figura solitaria estaba tendida junto a su arma. El hombre vestido con el uniforme de combate británico había disparado su última bala para Inglaterra.

Los ack-acks seguían sonando, pero el Stuka ya estaba fuera de alcance y se alejaba rápidamente. Los ojos de Hubbard escudriñaron el cielo y divisaron un punto negro al oeste. Debía ser el Defiant, que corría hacia la costa inglesa.

—¡Si hubiera tenido algunas bombas! —maldijo el americano con furia—. Los habría acribillado de verdad.

La mano de Grigsby salió del compartimento trasero y le tomó por el hombro.

—¿Ves el Defiant?

—Claro que sí —respondió Hubbard.

—No tenías por qué perder el tiempo ahí atrás —le reprochó Grigsby—. Fue una tontería. Tenemos que atrapar al Defiant. Tenemos que alcanzarlo antes de que llegue a Londres.

—Si no les hubiéramos ametrallado, nos habrían perseguido —se defendió Hubbard—. Habrían tenido aviones en el aire en menos de un minuto. Prefiero perder un poco de tiempo deteniéndolos antes de que empiecen que luchar contra ellos después de que hayan despegado.

—¿A qué velocidad puedes volar? —preguntó Grigsby con impaciencia.

—No lo sé. No tan rápido como el Defiant, normalmente. Pero dijiste que el Defiant estaba cargado.

—Con explosivos —respondió Grigsby—. Explosivos para el Número Diez de Downing Street.

—Lo atraparemos —dijo Hubbard sombríamente.

Empujó sobre el acelerador, pero éste ya había avanzado todo lo que podía. El ladrido del Jumo se había convertido en un gruñido, mezclado con el chillido del aire al deslizarse sobre el fuselaje.

—Oye —gritó Hubbard a Grigsby—. ¿Quién era ese tipo del tejado?

—Se llamaba Thompson —dijo Grigsby—. Uno de los hombres de retaguardia en Dunkerque. Se quedó atrás. Ha estado llevando a cabo una pequeña guerra privada por su cuenta desde entonces. Tuvo mucha ayuda. Los campesinos lo escondían, le conseguían gasolina para la moto que había robado, le pasaban municiones. Les hizo la vida imposible a los alemanes.

—Fue el tipo que detuvo a los alemanes que me atraparon —concluyó Hubbard—. Un buen hombre.

—Yo le avisé —dijo Grigsby—. Le gustaban los pequeños trabajos como ese. Me imaginé, también, que te las arreglarías para escapar. Yo no podía arriesgarme.

—Claro —dijo Hubbard.

Observó al Defiant con los ojos entrecerrados. Parecía que estaban ganando terreno.

—Quizá —le gritó a Grigsby—, deberíamos haber hecho algo por el pobre Thompson. Intentar salvarlo. Quedarnos y cubrir su retirada.

—No podíamos esperar —replicó Grigsby—. Lo que estamos haciendo es más importante que la vida de Thompson. Thompson lo sabía. Se lo expliqué, aunque no era necesaria ninguna explicación. De todos modos, Thompson pensaba que estaba viviendo un tiempo prestado. Pensó que debería haber muerto en Dunkerque.

—Vivía para una sola cosa: matar nazis. Él mismo no quería vivir. Vio demasiado en Dunkerque.

Hubbard asintió. Había hablado con hombres de Dunkerque, percibido las cosas que no decían, llegado a comprender el extraño brillo de sus ojos. Eran un grupo abatido por la amargura y el odio.

Grigsby se aclaró la garganta.

—Hay algo que quiero decirte, Hubbard.

—Adelante.

—Tal vez los dos no lo logremos. Tal vez ocurra algo.

—Quizá ninguno de los dos lo logre —gruñó Hubbard—. Esto no es un picnic.

—Pero si lo haces y yo no... si pasa algo, asegúrate de coger los papeles que tengo dentro de la camisa. En el peor de los casos, si nos estrellamos y me quedo atrapado, no te preocupes por mí. Primero coge los papeles. Luego, si puedes sacarme, bien. Pero si no puedes...

—De acuerdo, amigo —dijo Hubbard—. Y si no puedo conseguir los papeles, ¿entonces qué?

—Diles que una nueva flota de invasión se está formando y concentrando a lo largo de las costas noruegas y danesas. Los papeles muestran las ubicaciones exactas.

Hubbard hizo una mueca irónica.

—Tómatelo con calma —dijo—. Los entregarás tú mismo.

—Ya me gustaría —se rió Grigsby—. Cociné para ellos, limpié botas nazis y soporté insultos nazis. Fregué suelos... —hizo un sonido de asco desde su garganta.

El americano se inclinó hacia delante para inspeccionar los daños causados por el proyectil que había destrozado el tablero de instrumentos. Por suerte, el encendido y el indicador de aceite no estaban dañados, pero el resto estaba destrozado. La radio no funcionaba. Ni siquiera se oía un zumbido.

Sabía que el Stuka se estaba acercando al Defiant, pero si podía hacerlo lo suficiente era otra cosa. Se encorvó hacia delante en su asiento como si pudiera forzar al avión a una mayor velocidad, luego se dio cuenta de la inutilidad de tal postura y se echó hacia atrás.

Si al menos la radio no estuviera estropeada, podría avisar a la R.A.F. y un enjambre de cazas se lanzarían rápidamente al aire para interceptar al Defiant. Pero era un pensamiento inútil.

Vigilaba de cerca posibles formaciones nazis que esperaba que se alzaran para cerrarle el paso en cualquier momento. Si la radio de la base de la que habían huido funcionaba, se emitiría un aviso. Pero era muy posible que las balas de Hubbard hubieran hecho mella en la caseta de radio nazi y estuviera fuera de servicio.

Cuando llegaron al canal, el Stuka había recorrido la mitad de la distancia que les separaba del Defiant.

—¿Lo lograremos, Hubbard? —gritó Grigsby.

Aunque no estaba muy seguro de ello, Hubbard asintió con gravedad.

—Tienes que hacerlo, amigo, se dijo a sí mismo.

Podía imaginar lo que pasaría si no lo hacía. Una vez sobre Londres, el camino estaba despejado para el piloto nazi empeñado en su misión suicida.

Una vez que el Defiant entrara en la metrópolis ya no habría poder sobre la tierra que pudiera detenerlo.

Pensando en las consecuencias, Hubbard cerró los ojos con dolor. En su mente podía ver al Defiant descendiendo a toda velocidad, un borrón plateado bajo la brumosa luz del sol, directo hacia el número 10 de Downing Street.

Sin duda, los alemanes sabían el momento adecuado para atacar. Sabían que el avión cargado de explosivos se estrellaría contra la residencia del Primer Ministro en un momento en que el hombre del que toda Gran Bretaña dependía estaba en casa, tal vez desayunando, tal vez reunido con algunos de los miembros de su gabinete de guerra...

—Avión británico al norte —informó Grigsby de repente.

Hubbard asintió. Aquello era algo más de lo que preocuparse, otra sombría razón para forzar más velocidad del Stuka. La R.A.F. no sabría (no podría saber) lo que estaba pasando. Simplemente verían un Stuka persiguiendo a un Defiant y actuarían en consecuencia.

El avión británico, un hidroavión del comando costero, no intentó perseguirlo. Pero Hubbard estaba seguro de que en ese mismo momento su radio estaba transmitiendo la noticia de su aproximación.

Cuando cruzaron la costa, el Stuka estaba a menos de 400 metros del Defiant, acercándose rápidamente. Debajo de ellos, algunas baterías antiaéreas costeras dispararon, pero los proyectiles no alcanzaron su objetivo.

Lejos hacia el norte, puntos negros salpicaban el cielo. ¡Cazas de la R.A.F.! ¡Una nube de ellos!

Hubbard tiró de la palanca y ascendió.

La maniobra le hizo ganar distancia, pero ante los escuadrones que tenía delante tenía que tener espacio para trabajar.

Los Spitfires subieron para interceptarlo, pero él los superó, los dejó muy por debajo, girando para volver a él.

—¡No pierdas de vista al Defiant! —le gritó a Grigsby.

Muy por delante, una mancha en el horizonte, era Londres. Muy por debajo estaba el avión suicida.

—¡Es él! —Grigsby gritó.

—¡Sujétate! —gritó Hubbard—. ¡Allá vamos!

Empujó el morro del Stuka hacia abajo y de nuevo el suelo se hundió.

El chirrido del aire contra el fuselaje y las alas se elevó hasta convertirse en un agudo grito que lastimaba los tímpanos. El suelo era una mancha verde y marrón que parecía precipitarse hacia arriba.

Hubbard se preguntó vagamente a qué velocidad viajaban, y su mente se tambaleó al pensarlo. Fugazmente, se preguntó si podría salir de aquella picada. Por extraño que

pareciera, no le importaba. El mundo se había convertido en un torbellino de velocidad y sombras, un lugar irreal en el que parecía colgar sin ningún sentido de suspensión.

—¡Spitfires! —jadeó Grigsby, justo detrás de él.

Grigsby tenía razón. Desde abajo se elevaban tres aviones. Hubbard los vio, sabía que chocaría con ellos si seguían su curso. Pero apretó los dientes y se aferró al bastón, tratando de combatir la oscuridad que se alzaba para cubrirle.

Los cañones no dejaban de rugir y sintió el ruido sordo de las trazadoras al chocar contra el Stuka. Debajo de él, ocho bocas rojas parpadeaban mientras las Brownings de un Spitfire entraban en acción.

Por el rabillo del ojo, vio trozos de material arrancados de las alas por las balas del Spitfire. El Stuka se estremeció y el Spitfire giró y se alejó. Pero las balas trazadoras seguían haciéndoles agujeros.

El Defiant estaba ahora casi justo debajo, a gran distancia. La oscuridad se apoderó de Hubbard, pero luchó contra ella. Contrajo los músculos del estómago, aspiró y se puso a contar.

—¡Uno, dos, tres, cuatro, ahora!

Apretó el botón de disparo y lo mantuvo apretado. Las trazadoras se estrellaron contra el Defiant. Al momento siguiente, el mundo se convirtió en unas fauces rojas que se retorcían y goteaban llamas.

El Stuka tembló como si una garra gigante lo hubiera aferrado y sacudido. Vacilante, se deslizó entre la densa nube de humo que marcaba el lugar donde había estado la Defiant.

Con los dientes apretados, aturdido por la conmoción de la explosión, incapaz de ver, Hubbard tiró del bastón hacia atrás, sintió que el Stuka se sacudía por todo el cielo.

Lentamente recuperó la conciencia, parpadeó.

El Stuka seguía cayendo a tierra, pero se había desviado de su picado directo. Las alas estaban envueltas en llamas. Salía humo del capó. El motor chisporroteaba y gemía. La explosión del Defiant había destrozado al avión alemán.

Violentemente, Hubbard accionó el interruptor y sacó al avión de su picado. Los pensamientos martilleaban su cerebro. No tenían paracaídas. No podían saltar. Tenía que aterrizar el Stuka, y rápido.

Sus ojos buscaron el suelo. Tierras de cultivo onduladas, campos que habrían sido lugares perfectos. Pero cada uno de ellos estaba lleno de agujeros, llenos de montículos, abarrotados de coches viejos y otros trastos para prevenir una invasión nazi.

Hubbard gimió. En toda Inglaterra no había un lugar donde un hombre pudiera aterrizar un avión, excepto en un aeropuerto normal. Los británicos estaban decididos a que ningún campo fuera seguro para el enemigo.

El Stuka estaba cayendo rápido, demasiado rápido. Desesperadamente, Hubbard buscó en el suelo. ¡Ese pajar!

—¡Prepárate! —le gritó a Grigsby.

Con el aliento entrecortado en la garganta, el americano dio la vuelta al avión y lo dirigió hacia el pajar. Bajaba como un cometa. Demasiado rápido. Pero ya era demasiado tarde para hacer nada.

Debajo de él, Hubbard vio a un granjero corriendo con una horca. Un caballo galopaba enloquecido por un pastizal. Las manos del americano se congelaron en el bastón y sus ojos midieron la pila. Cerca de la cima, pero no demasiado arriba. No podía permitir que el avión volcara.

El Stuka chocó salvajemente contra el heno y lo atravesó. El impacto fue como un golpe de llave inglesa. El avión golpeó el suelo y rebotó hacia arriba, lanzando nubes de paja en una violenta cascada.

Hubbard frenó en seco y el Stuka cayó de punta. Se balanceó un momento, amenazando con dar una voltereta sobre su espalda, y luego se quedó colgado, con el morro apuntando hacia abajo y la hélice mordiendo la tierra.

Hubbard tiró frenéticamente de la tapa de la escotilla. El humo que salía de la cubierta le cegó. Las llamas le envolvieron mientras rodaba y caía al suelo.

A través del humo vio a Grigsby saliendo precipitadamente del avión.

Rápidamente corrió tras él.

—¡Alto! —gritó una voz y se detuvieron.

El granjero rodeó el pajar con su horquilla en la mano. Los amenazó con ella.

—¡Quietos ahí, malditos! —les dijo—. O les ensarto con esto.

—Mira, hombre... —empezó a decir Grigsby. Pero el granjero le rugió.

—¡No me contestes!

Grigsby tragó saliva y miró suplicante a Hubbard. El americano se encogió de hombros y esbozó una tensa sonrisa.

—Quizá piense que somos los hermanos gemelos de Rudolf Hess —dijo con la comisura de los labios—. Con otra propuesta de “paz”.

El granjero los fulminó con la mirada.

Un niño pequeño, cargando una pesada escopeta, cruzó corriendo el granero.

—¡Toma, abuelo! —jadeó, entregándole el arma al hombre.

—Ahora sí que los tengo —dijo el granjero con satisfacción.

—¡A ustedes y a sus sucios trucos de “Hunos”!

—Pero, hombre —protestó violentamente Grigsby—, ¡soy inglés! Tengo que ir a Londres. Tengo que ver al Primer Ministro.

—Verás el interior de un ataúd, si no te callas —gruñó el granjero—. ¡Ahora, en marcha!

Y... Marcharon.